



KONVERGENCIAS LITERATURA
ISSN 1669-9092
Año III, N° 8 Agosto 2008

**REFLEXIONES E INTUICIONES
SOBRE UN DON QUIJOTE NO PARÓDICO
Y SU ÉTICA ANTE UN POSIBLE LECTOR**

Daniel Alejandro Gómez (Argentina) ¹

Visión general: los sueños, las creencias...y el lector ante Don Quijote.

Lo palpable o lo imaginado, dilema traducido la más de las veces como una contraposición entre lo idealista o romántico quijotesco ante el pragmatismo y lo práctico de Sancho Panza. Tal es la oposición esencial en el *Quijote* respecto a las formas no solamente, como veremos, de *interpretar* idealistamente al mundo, sino también respecto a las formas de ver al mundo e incluso, en el caso de Don Quijote y ya no de Alonso Quijano, de *percibir* en el mundo una, digamos, “realidad ideal” mediante el acto de locura...o de fe.

Nos referimos, como sucede en Alonso Quijano, al *sueño* de un mundo idealista, y finalmente, como sucede por lo general en Don Quijote, a la *creencia* de ese mundo ya hecho realidad. Cuestiones que abordaremos en estas notas, sobre todo en los primeros y reveladores pasajes del libro, a veces con una visión más bien intuitiva y subjetiva desde una experiencia de lector pero otras veces con mayor intención objetiva.

Se pueden hacer ciertas preguntas respecto a la realidad de Don Quijote y, luego, acerca de lo que sostiene su total desvinculación con esa misma realidad, con la realidad de Sancho, con nuestra realidad.

En efecto ¿qué delgado hilo de realidad, sin embargo, sostiene a Don Quijote en su idealismo antes de la fe, y qué características esencialmente temporales tiene ese vínculo?

Y luego, cuando ya llegamos a ese Don Quijote que percibe distinto y en el que se puede hablar de fe y de creencia, podríamos preguntarnos:

¿Qué característica en efecto casi religiosa, de fe, tiene la locura de Don Quijote?

O, en suma, y mejor preguntado:

¹ Escritor y dibujante. Estudio Letras en la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado **Muerte y Vida** (Ediciones Mis Escritos, Argentina), es columnista de la revista mexicana *Sufragio* en *Análisis Político Internacional*, y de las revistas de música clásica *Filomúsica* y *Opus Música*. Sus escritos poéticos se han traducido al italiano por Gabriel Impaglione y también por Giovanna Mulas. Sus trabajos plásticos se han expuesto en diversas galerías, como Arte Visual XXI, y Asociación Cultural Ars Creatio, de España, donde reside.

¿Qué importante soporte, similar a toda religión, sostiene la creencia y extraña percepción de Don Quijote una vez superados los molinos por los gigantes?

Son cuestiones, claro, que van más allá de un idealismo y que, además de todo lo dicho, poseen una trascendencia también mayor, aunque ya pudiendo hablar en unos términos más intuitivos, en la experiencia del lector. Es decir, en una antítesis realmente posible ya no de Don Quijote-Sancho... sino en una antítesis, mucho más rica, mucho más extraña pero también mucho más misteriosa, entre Don Quijote y el Lector...

La nostalgia como idealización y sus huellas en el relato: delgado hilo de realidad.

Para empezar, podemos decir que el delgado hilo de realidad que sostiene a Don Quijote necesita al tiempo, y más precisamente a características muy peculiares de él para nuestros sentimientos como el pasado y la nostalgia.

Efectivamente, respecto a la necesidad temporal del idealismo quijotesco, en Don Quijote es bastante difícil hablar de idealismo sin esa cualidad temporal que es la nostalgia. Y claro está que en el *Quijote*, novela que muchas veces es identificada antonomásicamente gracias al idealismo quijotesco, en principio encontramos a la nostalgia en ese pasado que idealiza Alonso Quijano-Don Quijote. En ese pasado que es mejor, claro, justamente porque ya es ese imposible para Don Quijote: el tiempo, el pasado de las caballerías. Una nostalgia por ese pasado que es marcada no solamente por la voz narrativa que habla psicológicamente sobre Alonso Quijano-Don Quijote, sino también, claro, una nostalgia por ese pasado marcada en los actos que esa misma voz narra sobre Alonso Quijano-Don Quijote, y lo que respectivamente podamos interpretar nosotros.

Recordemos ahora, en lo que respecta a esas marcas o huellas nostálgicas que decíamos para la nostalgia idealista, a la voz narrativa en las primeras partes del libro. Una de esas huellas es lo suficientemente famosa, y de muy nostálgico ambiente ella, como para que necesite ahora otra presentación como no sea su propia transcripción:

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo...

Así versan, en efecto, las famosas primeras líneas del libro. Y sobre aspectos tan temporales, con marcas o huellas verbales tan nostálgicas, como lo pueden ser *no ha mucho tiempo, no quiero acordarme*, o, si se quiere, también incluso esa indeterminación espacial del celeberrimo *En un lugar de la Mancha...* Son marcas verbales temporales, y son palabras que hacen referencia a ese tiempo que por pasado es mejor y también imposible y por ende idealista, sobre todo en el contexto de Alonso Quijano-Don Quijote. Pues ¿qué mejor facultad de idealización nostálgica puede tener un pasado-como el de Don Quijote-cuando precisamente fue combativo, batallador, bélico, pero que ahora, ya en tiempos en que subía el prosaísmo burgués y su tranquilo espíritu de cálculo, está derrotado?

Es en ese contexto, la derrota de un pasado justamente batallador, bélico, y ya inútil no solamente por ser pasado en sí sino también por ser un pasado derrotado, en el que adquieren cualitativamente, mucho más allá de ser meras marcas cuantitativas temporales, toda su dimensión nostálgica e idealizadora términos ya iniciáticos y fundantes en la intención del relato como lo son *no ha mucho tiempo, no quiero acordarme* e incluso, en cierto sentido, el indeterminativo de *En un lugar de la Mancha*.

Pero de los aspectos verbales en la voz narrativa podremos pasar ilustrativamente a los actos mismos del personaje narrados en la obra. Así sucede por ejemplo, más allá de la “pintura” del personaje, cuando Don Quijote, recién “convertido”, inútilmente toma las armas de la caballería. Las armas del olvido, del moho y del orín...y de la nostalgia idealista. Como así, breve y muy ilustremente, nos lo dice, o bien que nos lo puede dejar a entender, el narrador cervantino (Cap I):

...Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos (que, tomadas de orín y llenas de moho, luengo siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón)..

De esta manera Don Quijote ha tomado esas armas: las armas *olvidadas* y de los *bisabuelos* tan marcadamente nostálgicas en la voz del relato, aunque Don Quijote ya sea el Don Quijote que ha trascendido a los sueños por la fe. Pues Don Quijote ahora cree y ya no sueña. Ha roto el hilo real de su idealismo. Pues para él, en la fe de sus libros de caballerías, ya no había historia *más cierta en el mundo* que la de sus libros de ficción, y por lo tanto su realidad, vivida y percibida en sus sueños nostálgicos, se desvanece a favor de la otra realidad, digamos, de su mente.

Pues la idealización nostálgica, en efecto, es posible siempre que, de esos sueños nostálgicos y de esa idealización nostálgica, Alonso Quijano no pase a la creencia y *la consiguiente eliminación de la nostalgia que, todo lo idealista que pueda ser, es el delgado hilo de realidad que sin embargo sostiene a Alonso Quijano-Don Quijote ante el extremo espiritual y totalmente desvinculado de la realidad-incluso de una realidad como vivida entre sueños de pasado nostálgico-de la creencia y fe en la ficción.*

En efecto, siempre que el hidalgo no trascienda de los sueños a la creencia, podemos percibir el paradójico vínculo con la realidad que el personaje tiene en el idealismo nostálgico, pues cuando la nostalgia y su idealización ya no tienen cabida Don Quijote ya no sueña distinto a Sancho y a nosotros, *sino que percibe sus propios sueños ahora en la realidad, en su realidad quijotesca.* En suma, es allí entonces en que puede cambiar a los molinos por los gigantes. Ya Don Quijote no necesita el pasado nostálgico-mítico, seudohistórico o fabuloso-por ejemplo de los gigantes para su idealismo, puesto que se ha convertido en un creyente y a los gigantes los tiene ante él, en su propia percepción ilusoria, y entonces ese delgado hilo de “realidad idealista” en su forma de pasado nostálgico desaparece. Puesto que es evidente que Don Quijote no puede sentir una nostalgia-siquiera fabulosa-por gigantes o enanos idealizados ya que ahora no necesita soñarlos. Porque ya son percibidos y creídos, al menos en su mente, y no soñados.

Y es además en ese paso de Alonso Quijano a Don Quijote, por ejemplo, en que es más meridianamente posible ver la importancia de la idealización nostálgica y su leve vinculación real. En el paso de Alonso Quijano a Don Quijote, en efecto, se hace patente *la desaparición en Alonso Quijano de esa realidad o percepción del presente, o percepción de una realidad y presente convencional, que se vivía aunque difusamente entre los sueños nostálgicos del pasado.* Aunque luego esos sueños se conviertan en una creencia, eliminando así esa realidad vivida siquiera difusamente en los sueños del pasado a favor de esa “realidad” creyente y ya casi religiosa de *los libros percibidos fuera de los libros...*

Y ahora que Don Quijote ha tomado las armas y que para él se ha desvanecido la realidad- aunque él, sin embargo, no pueda desprenderse del todo a lo largo del relato de ese idealismo nostálgico de Alonso Quijano algo más apegado a la realidad-, podemos ya hacer algunos apuntes sobre una dimensión también ética que cobra el personaje

respecto a estas cuestiones espirituales de la nostalgia o el idealismo. Y hay, al respecto, una frase de Jorge Luis Borges-en el sentido de un quijotismo antiparódico o más bien dicho no totalmente paródico- que otorga esa seriedad al personaje y que, si queremos agregar por nuestra cuenta, también puede otorgar ya en su seriedad una dimensión ética en el sentido de la nostalgia y su consecuencia idealista por encima de la parodia, la burla o la sátira. Como así en fin lo decía, y así muchas cosas nos puede ir dejando a entender a nosotros en el contexto de estas notas, Jorge Luis Borges:

El Quijote es menos un antídoto de esas ficciones (se refería en esas ficciones, el autor argentino, sobre todo a las novelas de caballerías) que una secreta despedida nostálgica.

Y más todavía teniendo en cuenta que el mismo Cervantes, más allá de toda intención burlona en el libro, fue él mismo una especie de nostálgico, de idealista. Un quijotesco que, al fin y al cabo, terminó por escribir el *Quijote*. Un libro gracias a cuya escritura, como señalamos, podríamos ahondar en un idealismo menos paródico que ético, *aunque en distintos grados según los sueños o según las creencias*. Pues cuando desaparecen los molinos y aparecen los gigantes, el idealismo nostálgico se desvanece también aunque no, y en un sentido más profundo, la dimensión ética por sobre la paródica; al contrario: es entonces cuando la dimensión ética, aunque no ausente antes, se hace más profunda.

Porque el paso de la interpretación idealista a la percepción discrepante, el paso en suma de los sueños a la creencia, requiere otro tipo de dimensión ética y otro tipo de celebración, íntima o no tanto, del lector cuando se pasa de los molinos a los gigantes. Como si ese quijotesco escritor que dijimos que escribió el *Quijote*, Cervantes, añadiera en nuestra lectura de su personaje otro significado para Don Quijote y para el quijotismo más allá de lo idealista, y claro está, y consecuentemente, más allá de toda realidad. Más cerca, específicamente, de toda fe.

Allí, en la fe, donde en fin no solamente la extrema, digamos, realidad materialista de Sancho Panza se contradice con Don Quijote, sino que también allí, en la fe, el personaje se contradice todavía más radicalmente con nuestra propia realidad.

Veamos.

La fe de Don Quijote: sus “escrituras” y un grado mayor en la dimensión ética.

¿Pero qué sucede, pues, en los momentos en que Don Quijote ya deja de soñar y entonces percibe en su realidad ese mundo caballeresco de sus nostalgias ya dejadas atrás? ¿Qué se puede decir, por ejemplo, respecto a lo que sustenta la visión ilusoria de los gigantes ahora desvinculada de nuestra realidad?

La percepción distintiva de Don Quijote-o su fe- se puede decir que está sustentada, como cualquier creyente, en una escritura: en el caso de Don Quijote, y como una especie de trascendentalismo bibliófilo borgeano *avant la lettre*, en los libros de caballerías y en el mundo, tan espiritual y por ello tan susceptible no solamente de idealismo sino también de fe, de la ficción.

Pues respecto a esa fe de Don Quijote en los libros, semejante en cierto sentido a los religiosos con sus escrituras, es interesante aquí señalar que los religiosos descubren en la realidad la verdad de su creencia gracias a sus escrituras, o que luego de un trance de fe ven finalmente cómo la realidad, en ese trance de fe, termina por coincidir con sus escrituras. Y así Don Quijote, como esos religiosos, no solamente ve en sus

percepciones distintas a Sancho y a nosotros una realidad como la que señalan sus libros, sino que también, cuando la realidad parece disentir de su creencia y de sus libros, el personaje tiene esos trances de fe que los mismos libros, sin embargo, le ayudan a superar, perseverando de esta manera su mundo de damas, de castellanos de castillo, de encantadores y gigantes.

En el relato, en ciertas ocasiones, las creencias del Don Quijote que percibe *otra* realidad se ven puestas efectivamente a prueba. Al respecto, veamos ejemplificadamente el momento en que Don Quijote llega a la venta (Cap II) y percibe, en efecto, esa venta... pero según lo leído y *creído* en sus libros de caballerías. Así nos lo cuenta el narrador:

...y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata... y vio a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando...

Como el religioso, o acaso si pensamos en los muchos misterios que todavía encuentra la ciencia, también como muchos hombres de mundo actuales, a veces la realidad no coincide con nuestro orden, sea de ciencia o de fe o de cualquier tipo de sentido común; pero sin embargo, después de mucho esfuerzo aposteriorista o tal vez de mantenernos en nuestra fe o nuestra razón, finalmente nuestras creencias coinciden con la realidad. Así las propias escrituras, como un mecanismo autónomo, vienen a salvar la realidad de Don Quijote, instaurada por esas mismas escrituras dogmáticas que, para Don Quijote, son los libros de caballerías.

En la escena de la venta, efectivamente, la realidad parece por un momento interponerse en la fe de Don Quijote, luego de un suceso que altera, digamos, el orden de su creencia. Ello sucede cuando Don Quijote se encuentra, en suma, con una especie de trance de fe ejemplificador para nosotros: nos referimos, en esta dificultad y puesta a prueba de la fe en los libros en el personaje de Don Quijote, al silbido del enano a la llegada del castillo que debía recibir todo caballero andante. Como así nos lo cuenta (Cap II) el narrador cervantino, en esa venta que Don Quijote percibía como castillo...aunque no sin inconvenientes:

Fuese llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegara caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta...

A veces no comprendemos la realidad, pero siempre nuestras creencias, si tenemos fe, tarde o temprano acaban, lo dijimos, por ordenarla; siempre que pese a todo continuemos viendo a la realidad con nuestras creencias o nuestras ciencias. Como así hizo Don Quijote con los libros de caballerías y el aprieto en su fe que seguramente le hacía la falta del enano en el caso que ahora tratamos. De tal manera Don Quijote resuelve, a posteriori, esta situación sin dejar de creer en sus libros, cuando el pobre hidalgo-caballero al fin escucha-*logró* escuchar, *deseó* escuchar-la trompeta del enano según como nos lo cuenta el narrador de Cervantes:

En esto, sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastros una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman) tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida...

Y encontramos otro ejemplo más adelante (Cap V), cuando Don Quijote, malherido, se encuentra con un labrador vecino suyo que decide llevarlo de vuelta a su casa. En esta ocasión el narrador cervantino nos muestra, en sus palabras, cómo Don Quijote se aprovecha *tan a propósito* de lo leído en los libros... un término (*tan a propósito*) que por cierto es tan revelador.

Así nos lo deja entender el narrador cervantino- ese provecho *tan a propósito* que hace de los libros Don Quijote- en la reacción del hidalgo cuando el labrador, al encontrarlo herido y sin juicio, lo lleva de vuelta a casa:

...se acordó del moro Abindarráez, cuando el Alcalde de Antequera, Rodrigo de Narváez, le prendió y llevó cautivo a su alcaidía. De suerte que cuando el labrador le volvió a preguntar que cómo estaba y qué sentía, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechándose della tan a propósito...

Como vemos el libro *Don Quijote*, un libro que precisamente juega con otros libros, necesita a los libros para su principal personaje... O más específicamente: los libros son necesarios para la personalidad de un personaje- Don Quijote-que parece salir desde los mismos libros finalmente hacia la realidad...o al menos hacia la realidad, si es así como queremos creerla, de Don Quijote en el libro de Cervantes.

Esa realidad de fe completamente ilusoria de Don Quijote en el libro de Cervantes que es consecuentemente incluso más espiritual-y *más "bondadosa"*, en esa *espiritualidad ahora todavía más acérrima de la fe-* que el idealismo todavía vinculado con la realidad en el delgado hilo soñador y nostálgico que decíamos. Y también es, en resolución, un mundo ilusorio más ético éste de Don Quijote; y por ende, si entramos en juicios subjetivos y en nuestras propias experiencias de lectores, podemos decir del mundo creyente de Don Quijote, en sus aspectos todavía más intensamente no paródicos, que ciertamente su calado ético es mayor que el del idealismo nostálgico y que además también, por lo tanto, es mayor el efecto no paródico de este mundo quijotesco sobre nosotros. Pues en ese alto grado ético de la creencia, ni el practicismo ni un, digamos, *saludable sentido común al que la voz narrativa parece invocar como lector* coinciden con la visión emblemática y ejemplificadota de los gigantes, y nosotros, sensatos, no creemos en ese mundo, no podemos creer en ese mundo, no debemos creer en ese mundo y acaso, en algunos sentidos íntimos y culpables, no *deseamos* creer en ese mundo. Pues así, de tal manera, nuestra realidad no es afectada por Don Quijote. Aunque sí tal vez nuestra ética; cuando ya no solamente Sancho Panza deja de ser mínimamente válido como antítesis, sino que además nosotros ya no podemos hacerle siquiera nuestra comprensiva compañía al pobre hidalgo en su soledad ante los gigantes, *como no sea en ese contrapunto antitético que antes era única exclusividad de Sancho.*

El margen ético del lector: una conclusión intuitiva sobre la fe en Don Quijote.

Si bien la sinonimia Don Quijote-idealismo es sin dudas justa, no es sin embargo completa. Tratándose de una desvinculación total de la realidad, tratándose de cuestiones totalmente espirituales, tratándose en suma de la fe y de la creencia que vienen después de el *se le secó el cerebro* cervantino (Cap I), entonces el personaje de Don Quijote adquiere esa dimensión todavía más espiritual que el idealismo nostálgico y también, y consecuentemente, una dimensión más profundamente ética... *pero ahora ante el lector*. Pues al verse superada en la fe esa antítesis idealista y afectuosa entre Don Quijote y Sancho ésta puede verse, quizá, reemplazada en algún sentido por una antítesis Don Quijote-Lector/a.

En el idealismo nostálgico, la dimensión ética de Don Quijote necesita para nosotros y nuestra compañía el extremo práctico, o acaso practicista, del personaje de Sancho Panza; porque en ese caso, entre los sueños de Don Quijote y el extremo práctico o practicista de Sancho, nuestro sentido común, ya que no de acuerdo con los actos de Don Quijote, podría tener todavía cierta relación moral, cierto asentimiento ético silencioso, además del afectivo, por los deseos y querencias espirituales del personaje. Porque en efecto, y ante el contrapeso del extremo practicista de Sancho o incluso del cierto aire *únicamente* paródico que en algunos momentos adopta el narrador, en esta situación de momento idealista podríamos estar más cerca de Don Quijote y creer que su mundo es un mundo mejor, aunque nosotros, ni en sueños ni en creencias, podamos vivir ese mundo o debemos vivir ese mundo. Y también incluso, y siendo éste quizá el quid de la cuestión respecto a una especie de íntima culpa sobre todo ante la fe del pobre hidalgo, podríamos decir que para el lector el mundo de Don Quijote, y más que nada su mundo de los gigantes, es un mundo en el que ni siquiera *desearíamos* vivir.

En suma, mientras Don Quijote no se aparte radicalmente de la realidad, el personaje de Sancho nos sirve no para estar de acuerdo con Don Quijote, sino para adoptar una especie de actitud benévola y cariñosa ante los sueños quijotescos. Una especie de “compañía de lector” con el hidalgo ante Sancho, compañía idealista que no puede afectar, o más bien *no del todo* todavía, éticamente a nuestro mundo de sentido común que el libro parece invocar. Pues es allí en que nuestra ética, por más materialistas que seamos, no se aleja tanto del personaje de Don Quijote idealista: ya que Sancho nos ofrece no solamente un catalizador paródico respecto a Don Quijote idealista sino que también nos ofrece, digamos, un catalizador respecto a que nosotros, en este sentido de cercanía relativa con el pobre hidalgo, tampoco somos tan materialistas, y que seguramente, *como además muchas veces parece sugerirnos con empática complicidad el narrador de la obra*, tampoco compartiríamos estrictamente el extremo práctico de Sancho Panza.

Pero Don Quijote también es fe; y en esa fe de su escritura, digamos, sagrada de los gigantes, así como nosotros estamos lejos de Sancho Panza, allí Don Quijote, ahora definitiva y completamente, se aleja de nosotros todavía más que en el idealismo, aunque no de una posible contemplación más seria y no paródica por nuestra parte en una afortunada omnisciencia de lector.

Pues una vez que la percepción del personaje se torna caballeresca, una vez que Don Quijote deja de soñar en sus libros para creer y tener fe en ellos, efectivamente el personaje de Sancho Panza, con su efecto esencial y limitadamente paródico y satírico, parece dejar paso a una soledad extraña: la soledad, todavía más acentuada... la soledad, en suma, *ahora perfecta* de Don Quijote y ya sin posibilidad de complicidad alguna por parte del lector e incluso del narrador. O más bien ahora, y ya podemos dejar de hablar de complicidad, la soledad de Don Quijote ni siquiera deja cabida a una

contemplación de los lectores...es decir, no al menos una contemplación en el sentido entrañable, paródico o incluso idealista.

La espiritualidad de Don Quijote, en la forma de la fe en esas escrituras caballerescas, es demasiado asombrosa y sin un mínimo vínculo real como para ser una antítesis válida del practicismo de Sancho, tan lejos quedan ahora el uno del otro. Pues tanto el uno como el otro, ahora, están demasiado lejos entre las creencias de Don Quijote y la incredulidad de Sancho incluso respecto a los sueños idealistas; y nosotros, por demás, también nos alejamos de Don Quijote en el sentido de no gozar ya, ante su fe, de la “lejana compañía” de la risa afectuosa, de la parodia...e incluso, y desde luego por esa fe misma de Don Quijote, *quizá de cierta mayor tranquilidad en nuestra conciencia ante una postura más “moderada”, idealista*. Sin embargo, es posible que entonces, en esa soledad de Don Quijote, solamente nosotros nos podamos todavía seguir acercando al personaje, aunque ya más bien en el sentido antitético que antes cumplía Sancho Panza.

Pues el lector, el narrador, Sancho, todos a una han de decir que los molinos son molinos de viento; pero mientras con ello nuestra entrañable risa deja lugar, para nosotros, a una lejanía más radical ante el personaje, sin embargo es esa misma lejanía la que puede servir, quizá, de mejor antítesis que el pragmatismo sin paliativos de Sancho Panza y su lejanía ahora total respecto a Don Quijote, que además parece ser compartida por otros que antes podían servirnos de agentes intermediarios con el personaje. Ni Sancho ni el narrador, ni siquiera la sugerencia de la voz de Cervantes, parecen servirnos en estos momentos de intermediarios ante Don Quijote, completamente convencido de la certeza de sus libros. Y Don Quijote, en soledad, está ante un lector también en soledad. Un lector en soledad ante la decisión íntima y sin intermediarios de su omnisciencia: esa omnisciencia propia de su función, en el sentido receptivo e interpretativo, con la que ahora puede aunque no acompañar sí contemplar a Don Quijote y su fe en gigantes, damas, castellanos y enanos. Dependiendo de qué clase de contemplación elija.

Es en este sentido, siempre siguiendo este camino intuitivo y subjetivo, en el que el lector y Don Quijote podrían adoptar esa lejanía más radical que, sin embargo, para el lector no es total en la omnisciencia propia de su función. Pues la del lector es una omnisciencia capaz, incluso, de saber y tener conocimiento sobre la fe de Don Quijote y sus gigantes *con ese margen de interpretación, y comprensión llegado el caso, que en cambio no puede poseer el narrador que siempre ha de ser forzosamente más literal*. Un forzoso resto de literalidad que solamente el lector tiene margen para interpretar: como por ejemplo así sucede, incluso para un narrador comprensivo, en el extremo casi inexplicable de la fe.

Pues, si se quiere, la nuestra es una omnisciencia todavía más intensa que la de esa voz narrativa; una voz, la narrativa, que si bien puede sugerir una cercanía espiritual, ética y no paródica con Don Quijote incluso ante los gigantes, no puede hacer tal cosa explícitamente, y de hecho tal vez no lo hace. Una cuestión ésta, la de la seriedad ante la fe de Don Quijote si bien como un reemplazo antitético sobre Sancho, que para nosotros no está vedada. Y así el lector, con la permisividad de su omnisciencia capaz, sin embargo, de interpretar y llegado el caso comprender más allá de lo escrito por la omnisciencia narrativa, se convertiría entonces en ese resto de misteriosa cercanía antitética que puede perseverar para el personaje de Don Quijote.

El lector, efectivamente, ante la fe de Don Quijote posee esa función más hábil en lo antitético que Sancho y también que otros posibles actores antitéticos; y sobre todo esa función de parte del lector es posible resolverla no ya en esa compañía siquiera cariñosa, sino en esa antitética contemplación que dijimos, que ya no podría ser, acaso,

de pena o de lástima o de compadecimiento o de piedad... O incluso, y mucho menos como se ha insinuado ya, de compañerismo paródico... Sino que, si así se quiere... *o si así se puede*, podríamos entonces contemplar a Don Quijote, todo lo contrapuntísticos que resultemos ser, *con admiración, y todavía más, con admiración ética*.

Pues ante la fe del personaje el lector, de la lástima o el entrañable afecto, bien que *puede* culminar en la rara admiración de Don Quijote; e incluso de ese Don Quijote ilusorio, creyente, que en realidad inconcientemente muchos lectores asumen... o asumimos. Toda vez que en verdad a Don Quijote no tanto, en nuestra más secreta intimidad, lo vemos ridícula y paródicamente atacar a los molinos; sino que siempre lo vemos y lo recordamos, aunque ética y espiritualmente más victorioso que nunca... *e incluso ante nosotros*, derrotado precisamente, y también más que nunca, en esa escena del Capítulo VIII... *Aunque no ante los molinos*.

Pues allí- quizá en nuestra realidad pero con más certeza *en una nueva e íntima mejor ética de lector que podríamos concluir con la lectura de esta obra, en su clave no paródica*-no tanto vemos al hidalgo derrotado ante esos molinos... sino que, en ese plausible sentimiento ético y en consecuencia insospechadamente admirativo, es posible que en nuestro margen de lectores omniscientes y comprensivos, y *no sin culpa*, lleguemos ver al pobre hidalgo derrotado, sí, pero siempre derrotado, y *únicamente derrotado, ante los gigantes sostenidos por su propia fe*.